

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVIII Noviembre-Diciembre de 1951 Núms. 317-318

Puntos de vista

Sor Juana Inés de la Cruz

CARLOS VOSSLER considera a Sor Juana Inés de la Cruz como a un «genio crepuscular»; uno de esos genios, rayos postreros e irisados de un sol muriente que sigue dando luz. Pertenece al grupo fecundo del Siglo de Oro, sin que pueda establecerse, en este caso, unidad generacional, por haber entre sus componentes bastante diferencia de edad.

Desde Cervantes—el más lejano—hasta Sor Juana Inés de la Cruz—ya en las postrimerías del grupo—hay más de un siglo. Góngora, Lope, Quevedo, Alarcón, Tirso, Calderón, Moreto, para citar sólo a las más eminentes cumbres, explican la eclosión de ese genio. Sin embargo, si tenemos en cuenta el aislamiento en que vivía, la falta de elementos culturales, la ausencia de todo estímulo circunstancial, nos sentiremos inclinados a creer en el prodigio.

Todos aquellos autores viven en un medio propicio, de densa cultura, incluso Ruiz de Alarcón que si bien nació en México, como nuestra poetisa, marchó a la metrópoli y allí vivió junto a los grandes ingenios, mezclándose en sus polémicas literarias. Para sor Juana incluso el claustro pudo suponer una limitación a sus dotes creadoras, que fueron muchas, casi comparables a las poseídas por Lope, aquel fecundísimo «monstruo de la Naturaleza».

El 12 de noviembre se han cumplido tres siglos del nacimiento de la «Décima musa de México». Vió la luz primera ese

mismo día en el año de 1651 en Nepantla, una aldehuela cercana a México. Se llamaba Juana de Asbaje y Ramírez y fué conocida por los sobrenombres de el Fénix de México, la Monja de México y la Décima Musa.

Desde muy joven se distinguió por sus raras dotes intelectuales. A los tres años sabía leer y antes de los ocho componía versos que llamaron la atención por su madurez. Es curioso un detalle anotado por Vossler. Juana manifestó desde el primer momento el orgullo de su origen criollo. Hija de un marino español emigrado al antiguo reino azteca y de una nativa criolla, adoptó con frecuencia el nombre de su madre para sentirse más mexicana.

Trasladada a la capital continuó sus estudios, dándose a conocer pronto por sus dotes¹ poéticas y por su versación en las ciencias y en las letras. Es legendario el examen que a instancias del virrey hicieron a Juana cuarenta especialistas en poesía, historia, matemática, teología, etc., cuando sólo contaba siete años. Su erudición pasmó a los oyentes.

Frecuentó la corte virreinal, tomó parte en certámenes. Más tarde, desengañada del bullicio mundano, siguió la senda religiosa. «Para la total negación que tenía al matrimonio—dice—el camino del convento fué, por último, el único que me pareció digno». Ingresó muy joven a la Orden de las Carmelitas Descalzas.

Su nueva vida conventual supuso una actividad más densa en la creación literaria. Sor Juana era impelida a la composición de toda clase de obras destinadas a certámenes y actos de carácter religioso. Hay un dejo de queja en aquellas palabras de la autora: «Yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por rasgos y preceptos ajenos; de tal manera que no me acuerdo de haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman «el Sueño». Es decir, la obra considerada por Vossler como su más logrado fruto.

Recoge Sor Juana los dorados, los retorcidos ecos del muriente barroco. Se impregna no sólo de la técnica y del aura psicológica que le llegaba, más que desvaída, acentuada, sobre el lo-

mo inquieto de las aguas oceánicas, pero también de la temática, de la imaginería, del juego apeñuscado, laberíntico, enguinaldado, como de cuerno de la abundancia, gargarismos poéticos y otros virtuosismos de expresión, como aquella cadeneta paranomástica:

**Triunfos son de sus dos plantas
almas que a su suelo alista;
lista de diez alabastros,
astros que en el cielo brillan.**

**En lo airoso de su talle
halle amor su bizarría;
ría de que en el donaire,
aire es todo lo que pinta.**

**Lo demás que bello oculta,
culto imaginaria admira,
mira, y en lo que recata,
ata el labio que peligra . . .**

que al decir de Gerardo Diego no hubiera desdeñado en firmar Rubén Darío.

Temática cargada de alusiones mitológicas y delicadas estampas que tienen el arabesco tembloroso y sutil, puro:

**¿Cuándo, Númenes divinos,
Dulcísimos cisnes, cuándo
Merecieron mis descuidos
Ocupar vuestros cuidados?**

Fué—decimos—secundo ingenio creador. Un milagro poético que sabe aunar la expresión quintaesenciada, decadente, venida al Nuevo Mundo desde las vetustas piedras peninsulares. Manan-

tial fresquísimo el de su poesía, linfa transparente y rica, porque viene nutrida desde un manantial opulento, pero que recorre nuevos paisajes, reflejando en sus ondas cielos inéditos, horizontes no hollados por el hombre.

Y ese es el secreto y la solución del enigma planteado al principio de estas notas. Prodigio, sí. Pero, a la vez, una razón geográfica. Los poetas peninsulares del barroco eran el final de un ciclo. No sólo la ruta estaba recorrida; los hombres que la seguían en las postreras posiciones habían perdido el vigor creador. Y sólo manifestaban virtuosismo, complacencias en el trastoque de la forma, juego verbal. Se había exprimido el contenido de la retórica.

Sor Juana, en cambio, ha nacido de unas tierras nuevas. Tiene también su razón y su corazón frescos. Recibe de España, a través de Góngora y Calderón, las viejas fórmulas. Pero ella, en el choque con la naturaleza virgen, las transforma y les da un aire de auroral, de primaveral belleza. Lo entumecido de España, la vena rígida ya por la arteriosclerosis, adquiere elasticidad juvenil. Es—como se ha señalado—la sorpresa del espíritu, el descubrimiento espontáneo y sin experiencia posible de una realidad que parece nueva.

En el fondo, y en suma, el triunfo de la vitalidad americana sobre la fatiga europea.